

EDITOR:
J. GARCÍA MONGE.
CORREOS: LETRA X
TELEFONO 3754
En Costa Rica:
Suscripción mensual ₡ 2.00

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

EXTERIOR:
UN TOMO: \$ 3.00
DOS TOMOS: \$ 5.00
oro am.

Giro bancario sobre
Nueva York

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública, no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

Una mujer

(En el Rep. Amer.)

La mayoría de los establecimientos, así como las casas de las gentes acomodadas, estaban frente a la carretera que, pasando por el centro del pueblo, comunicaba con lugares lejanos. Hacía mucho tiempo que los veraneantes que habían venido de las ciudades comerciales de la planicie, acompañados por las guitarras de las gentes del lugar, habían cantado, paseándose por el camino en las noches de luna llena, cuando no era necesaria la luz de los faroles para ver a distancia.

Casi siempre habían llegado los paseantes hasta la colina cercana, donde estaba la enorme casa, cerrada desde mucho tiempo atrás.

La dueña, Alicia, huérfana desde niña, había sido enviada a la capital a vivir con sus tíos.

A su regreso, sus costumbres de habitante de gran ciudad chocaron desde el primer momento con la pacífica hipocresía del campo.

Ya a los pocos meses de su vida en el pueblo, las gentes comenzaron a murmurar. No iba mucho a la iglesia; en su casa se bailaba en ocasiones hasta muy tarde; tenía muchas amistades desconocidas para las gentes de la localidad.

Ella se enteró. Por mucho tiempo trató de hacer que las personas se dieran cuenta de que no era mala; de que su educación la había hecho pensar en otra forma; de que sus amigos eran nada más que amigos. Mucho tiempo estuvo en esfuerzos para ser comprendida.

Pero en vano.

Los pocos que antes la saludaban, se hacían los desentendidos y cada vez se hacía más incómoda su situación.

Por fin se cansó. No era posible convencer a nadie. Y ya que de ella se hablaría constantemente, con o sin razón, lo mejor era gozar del pecado.

Desde otro planeta, la iglesia parecería una enorme célula que, mediante tropismos positivos, atrae grandes cantidades de celulitas agrupadas. Algo así como una enorme amiba a la cual llegan elementos monocelulares y por su oscura boca se introducen en la interrogación del protoplasma, para ser vomitados al cabo de un rato.

De cerca, al entrar en la iglesia, muchas personas no dejaron de impresionarse por el ambiente, que trae casi siempre a la memoria algún grabado medieval en un libro de texto del colegio.

Tal vez alguno trató de pensar en el árbol que un día fué derribado en el bosque. A ese árbol derri-

bado, el metal privó de su protección epitelial y puso al descubierto la plasticidad concéntrica de su cilindro. La gubia trazó surcos caprichosos hasta obtener la representación llena de poros de una figura humana. Luego, corteza y epidermis primitivas fueron sustituidas por capas de yeso y pintura.

Unas personas se arrodillaron ante los troncos.

Otras se dedicaron a observar. Vieron los raros dibujos siempre complementarios de los mosaicos; la distribución de las imágenes; las columnas; las encendidas velas de cebo.

La luz exterior los invitó a contemplar la perspectiva ojival de una existencia lejana de nubes. A través de esas nubes pasó, perdiendo algunas radiaciones, la luz del sol, iluminando luego a las personas que apresuradamente se dirigían ese día a la iglesia, temiendo llegar tarde a la boda.

—La había amado Jorge— decían las gentes— desde el regreso de ella al pueblo.

Cuando las murmuraciones crecieron, la amistad creció y un tiempo después el matrimonio fué anunciado.

Recuerdo bien que en esos días llegaba yo a veranear en el lugar. No fuí a la ceremonia porque no conocía a nadie, pero más tarde supe que, en el momento en que el sacerdote iba a bendecir la unión, el joven se había marchado.

Por las tardes, cuando los rayos del sol perdían algo de su fuerza, yo salía al jardín y me pasaba las horas sentado, leyendo y contemplando las flores.

Jorge pasaba a menudo. Saludaba siempre y poco a poco nos fuimos haciendo amigos.

Una vez me contó la aventura.

—Yo—me dijo— deseaba a la muchacha y la deseo aún. La llegué a desear más cuando la gente dijo que era mala. Con toda inteligencia traté de lograr mi objeto, pero no fué posible. Yo creo que era buena.

Pero mi deseo no era satisfecho. Al fin decidí pedirle que se casara conmigo. Ella accedió.

Desde que tuve la seguridad de poseerla, me sentí triste. Muchas veces me desperté en la noche y ya no pronunciaban mis labios calenturientos el nombre de ella. Pronto habría de ser mía.

A menudo, cuando salgo a pasear tarde en la noche, me pongo a ver las casas; algunas están a oscuras, otras dejan escapar una luz



(Madera de Laporte)

que permite ver algo en su interior. Me gustan las casas a oscuras y así me sucede con la gente. Mientras menos luz dejemos escapar, más posibilidades tendremos de vivir dentro de nosotros mismos, en la noche de todos. El día de la boda, mientras el sacerdote pronunciaba latines, yo llegué a la conclusión de que no debía poseer a esa mujer jamás. Yo debía deseársela eternamente. Por eso es que salí huyendo de la iglesia.

Yo he referido a mis parientes la historia de mi amigo y les he hablado del pueblo. Les he dicho que a mí me parecía lógica su actitud. Que los ideales deben estar siempre muy lejanos para que no

exista la posibilidad de alcanzarlos o de perderlos.

Ellos han estado de acuerdo conmigo.

Solamente mi primo, de siete años, no opina como los demás. Me ha dicho que nunca he salido de mi casa en la capital.

Posiblemente está loco. En la familia se han presentado varios casos. Opina de acuerdo con mi manera de pensar, pues se lo he dicho, el joven que todas las tardes anuda a mis espaldas las mangas de una camisa rusa muy larga, que me regaló mi gran amigo el médico director del manicomio.

ROBERTO FERNÁNDEZ DURÁN
Costa Rica, mayo del 42.

Era verdad, porque . . .

(Viene de la pág. 174)

Cuando lo llevaron no era loco; era sencillamente un despojado que se hacía personalmente justicia, porque no había quién lo defendiera de las garras del ladrón.

Deme permiso de explicar: si don Benito deja que fuera a la cárcel Toribio, salva al reo el Jurado, porque el Jurado habría sentido la misma indignación contra el Usurero, muy conocido en toda la ciudad y sus contornos. Sabía esto muy bien don Benito y encontró fácil condenar sin escándalo, para toda la vida, a su agresor. De la cárcel hubiera salido; nunca saldrá del manicomio.

En la muy católica ciudad de Santa Tecla sigue viviendo y rezando don Benito, y comulgando los domingos, y yendo a procesión bajo el palio sagrado. El negocio marcha. Los tugurios le dan a él dinero; al hospital tuberculosos. Las hipotecas no rinden menos, y no faltan Aurelias que le dejen por cien pesos los solares de seiscientos.

Y no hay quien le dé otro leñazo al usurero, porque ya se sabe: a la cárcel no; al manicomio va, aunque goce de perfecta salud mental.

FRANCISCO LUARCA.

San José, Costa Rica, 10 de mayo de 1939.